

Los recuerdos del abuelo

Emma Yanes

Antes del razonamiento, del interés histórico y del análisis político, para quienes llegamos a la Revolución Mexicana medio siglo después de su desenlace, tiene sentido estudiarla, sentarse con ella a la mesa, porque de alguna manera también nos ha tocado vivirla. No, por supuesto, desde las batallas, el hambre, la carestía, el desempleo, la muerte, el triunfo de líderes y caudillos. Nos ha tocado vivirla, por el contrario, desde las nuevas estructuras sociales y políticas, cuando la revolución ya se llamaba a sí misma institucional.

De niños supimos de ella los lunes vestidos de blanco frente a la bandera. La conocimos en la estampita de la papelería con las imágenes mal dibujadas de sus héroes: Francisco I. Madero, Villa, Zapata, Carranza, Obregón; peor presentada la de los traidores: Félix Díaz, Victoriano Huerta. Y en el reverso la fecha de los grandes acontecimientos: la entrada de Madero a la ciudad de México o la Constitución de 1917. Y las estampitas había que pegarlas en el cuaderno.

Conocimos la Revolución Mexicana en las vistas escolares al frío monumento a la Revolución. Y en el parque de San Ángel, el horror ante la mano de Alvaro Obregón. Supimos después de ella en los informes presidenciales, los discursos políticos.

Sólo el recuerdo de algún viejo: "los villistas llevaban espejos en los sombreros... Carranza era un señor muy bien educado... cada revolucionario emitía sus propios billetes... había mucha hambre en la capital y tuvimos que huir... cerraban las fábricas y cada quién jalaba para donde podía..." Sólo esos recuerdos nos remitían de vez en cuando a héroes de carne y hueso. Nos invitaban a ver atrás de los discursos oficiales la profunda lucha social que fue la revolución, y la manera en que transformó la vida de obreros y campesinos, de pueblos y ciudades. "Se paralizaron las minas algunos se fueron con Villa, nosotros agarramos para Durango a trabajar en las minas pequeñas... tuvimos que dejar el terruño y engrosar las filas de los operarios fabriles... designaban los sueldos por el color de la piel... la revolución me tocó en el riel, donde quiera lo ocupaban a uno con su máquina... sólo pedíamos un trato más humano y acabábamos en guerra". Los recuerdos proponen así una manera distinta de acercarnos al pasado revolucionario.

Comunmente, la vida y las luchas de los trabajadores en la revolución se consideran parte del trasfondo de la vida política del país, importantes sólo en la medida en que sus luchas coincidieron con el movimiento armado y sus demandas fueron retomadas por los caudillos del momento. Los trabajadores irrumpen en la historia como "factor objetivo", respuesta mecánica al empeoramiento de las condiciones de vida

o ante una nueva apertura política. Interesan para la historia del país en la medida en que provocan una respuesta del poder. Pero se olvidan: la cotidianidad de los trabajadores, su subsistencia, el mundo de las fábricas, la producción y el trabajo, la dinámica interna de sus contradicciones y luchas, que coinciden con la revolución que las aceleró y unificó pero que son también anteriores y distintas de aquélla.

Y en un país donde el ejercicio de la política y la toma de decisiones ha sido y es privilegio de unos cuantos, resulta una ausencia vital.

No hacer caso de la historia social, de la historia de los hombres sin historia, es dejar fuera a la mayoría de la población; o presentar una visión demasiado fragmentada de la misma. A Daniel Cosío Villegas le gustaba decirlo así: "Las grandes emociones políticas de la República Restaurada ocurrían cada cuatro años, al plantearse el problema presidencial. Y bien, ¿qué hacía el pueblo de México, toda la nación, los cuatro años en que no había elecciones? Y en el porfiriato que no las hubo de 1880 a 1908, ¿qué pasó? Una vida que parecía idéntica cambia prodigiosamente: mueren pueblos, nacen ciudades. Se ensaya la industria y la agricultura ya no es la misma".¹ La inquietud vale igual para la Revolución, pero aquí las preguntas son otras: ¿qué pasó en la vida de todos los días, en medio de las conmociones políticas?, ¿en quién se sostuvieron los caudillos?, ¿de dónde salieron sus ejércitos?, ¿qué pasó con la producción, quiénes eran los trabajadores, cómo sacaron la industria adelante, y cómo sobrevivieron? Es aquí donde adquieren importancia la crónica, el testimonio, los estudios de caso, el rastreo de nuevas fuentes, el trabajo cuidadoso en archivos locales y de fábrica. Son otro rostro de la historia, un perfil distinto que da sentido a los recuerdos. Esto es un intento por recuperar la memoria y los acertijos que

plantea la memoria de los abuelos; un acercamiento a la vida cotidiana, a la lucha en la producción y el trabajo de obreros textiles y ferrocarrileros en los años de 1910 a 1915, los años de la guerra civil. Utilizamos como fuentes testimonios aislados y el archivo del Departamento del Trabajo. Las fuentes son pocas y el uso del testimonio necesariamente riesgoso, pero también absolutamente indispensable para acercarnos a la historia anónima, aquélla que para Mariano Azuela "deberá edificarse sobre los datos más o menos auténticos suministrados por los que fuimos actores o testigos, por modesto que haya sido nuestro aporte en la transformación social del país".²

2

Si no eran muchos los brazos entregados a las labores industriales en 1910, durante el movimiento armado, entre los cierres patronales, los despidos masivos, la guerra y las huelgas, se hicieron menos. Ocupaban sólo el 10% de la fuerza de trabajo.

Trabajaban en las fábricas textiles del D.F., Tlaxcala, Puebla, Orizaba. En las minas de Chihuahua, Sonora, Sinaloa, Zacatecas. En los Ferrocarriles Nacionales de México, de gran importancia en el D.F., Apizaco, San Luis Potosí, Torreón, Monterrey, Chihuahua. En el nuevo mundo petrolero de Tampico. En las recientes industrias de fundición y eléctricas. Y en los múltiples y perdidos talleres artesanales.³

No eran muchos y los patronos y el gobierno no solían reconocerlos como una sola clase. Fueron para los profiristas "flojos, borrachos, mal nacidos", "aptos sólo para labores pesadas", "ineficientes en la producción" y "perniciosos". Siguieron viéndolos así los patronos, pero Fran-

cisco I. Madero reconocía a su manera que tenían demandas propias. Para él eran "gente en estado de atraso, sin acceso a la educación", pero tenían derecho a organizarse siempre y cuando "por sus antecedentes y condiciones morales, constituyeran un elemento de orden, prudencia y mesura".⁴ Victoriano Huerta, los vio como posibles aliados, pero ante la movilización obrera, optaría por la represión. Para Carranza "con la participación de los campesinos en los ejércitos constitucionalistas, no se necesitaba para nada a los trabajadores", pero terminaría aliándose con ellos y dándoles importantes concesiones. En 1917 los obreros habían ganado ya un lugar en la Constitución. No eran muchos, pero en siete años de luchas y alianzas habían demostrado que de ellos dependía la producción industrial y que eran una fuerza política. Y fueron entonces reconocidos como una misma clase social.

Pero en el momento del estallido revolucionario los trabajadores estaban lejos de conocer ese derrotero. Y si a los patrones y gobiernos no les gustaba reconocerlos como clase, ellos mismos tampoco estaban muy seguros de lo que eran. Al finalizar el porfiriato, los trabajadores habían llegado de manera distinta, dependiendo de sus oficios y lugares de origen, a la industrialización. Para muestra un botón: "Mi padre trabajaba en un mineral cerca de San Luis Potosí. Quería que yo también fuera minero. Ahí era la mina o la agricultura. La mayor parte de los mineros eran campesinos que trabajaban como medieros, o tenían la posibilidad de rentar algún pedazo de tierra donde cultivar maíz, frijol." Y en la industria textil: "En la revolución llegó a hacérsenos imposible la vida en los campos, emigramos a la ciudad de México y engrosamos las filas de los operarios fabriles. Y ahora queremos regresar a los campos, la vida que ahora

llevamos en las fábricas, dista mucho de parecerse a la tranquila vida que antes llevábamos." En los ferrocarriles: "Sí señor, yo me hice mecánico de los textiles. Pero después de la matazón de Río Blanco, me fui de ahí. Trabajé en un barco. Después entré a los talleres ferrocarrileros del D.F."⁵

En la última década del siglo pasado, en la minería se exploraban y explotaban por primera vez y a gran escala, reservas minerales de cobre, plomo, zinc, carbón, hierro. Con la introducción de la electricidad la modernización se había generalizado en casi todos los sectores de la rama. La minería quedó en manos de poderosos monopolios industriales, a la zaga de los cuales irían pequeñas o medianas empresas con sus métodos tradicionales de trabajo. Los monopolios se extendieron en Chihuahua, Durango, San Luis Potosí, Nuevo León y Coahuila. Y ante la carencia de mano de obra, la expropiación de los núcleos campesinos, los sistemas de enganche, endeudamiento y competencia salarial con las haciendas, serían los métodos favoritos para reclutar trabajadores. Estos eran migrantes de distinto origen, de costumbres también distintas. Eran peones de hacienda, pequeños propietarios, artesanos, obreros especializados de los estados mineros del centro. Para trabajar, tuvieron que enfrentarse con una tecnología extranjera, con capataces también extranjeros. Pero supieron hacerlo, y la vida de todos los días exigía respeto por ese trabajo. Vivían en los alrededores de las minas, en condiciones nada agradables, por supuesto. Se les pagaba al día, por metro perforado, por avance, según la conveniencia de la empresa, que decidía cuando ocupar trabajadores y cuando no.⁶

A la industria textil también llegaría la industrialización al finalizar el siglo XIX, con la introducción de plantas hidroeléctricas y la unidad

del proceso productivo. Sus trabajadores eran artesanos de telar manual, campesinos desposeídos, peones y medieros. Con dificultad se integraban al trabajo fabril y estaban lejos de considerarlo una profesión "era más bien una forma de ganarse el pan". Pero se fueron haciendo textileros de oficio, maestros, especialistas en el trócil, la carda, el engomado y el telar. Y gustaban de transmitir sus conocimientos, mañas y secretos a los familiares y paisanos que se integraban al trabajo. Era común que combinaran los ciclos agrícolas con su labor en la fábrica. También en la industria textil funcionaba el pago a destajo, la tienda de raya y el endeudamiento.⁷

El ferrocarril, por su parte, fue la mayor innovación tecnológica del porfiriato; pero sus trabajadores ya estaban incorporados desde mediados de siglo a los talleres y las vías. El porfiriato los haría crecer. Artesanos con años de trabajar en el riel, obreros de oficio, y peones de vía, eran sus trabajadores. Ellos llevaban años de tratar con la tecnología y las autoridades extranjeras. Por lo general vivían en ciudades grandes con comercio propio. No fue muy común en el ferrocarril la tienda de raya. Dada su especialidad conseguían trabajo con cierta facilidad. Y a excepción de los peones de vía a los que contrataban eventualmente, no era común que estos obreros laboraran en el campo. Les pagaban por día, por tiempo recorrido. Fueron de los primeros en oponerse ante los malos tratos de los extranjeros y los mejores salarios que éstos recibían.

El desarrollo tecnológico y el auge económico del porfiriato sufre un serio desajuste con la crisis de E. U. en 1908. Los despidos y los cierres patronales en México empezaron a ser cosa de todos los días, sobre todo en la industria metalúrgica, los textiles y la manufactura. Con ello aumentan los sin trabajo y el obrero

inmigrante. Crece la fuerza de trabajo móvil y heterogénea de muy reciente experiencia industrial. Lo cuentan así los obreros de la época. Según las palabras de un obrero minero: "Las minas pararon cuando la ciudad de Zacatecas fue amenazada. Algunos mineros se fueron con Villa. Nosotros fuimos a buscar trabajo a Durango, en las minas pequeñas. Y cuando se acababa el trabajo ahí, mi padre se dedicaba al pequeño comercio: compraba en un lado y vendía en el otro". En la experiencia de un trabajador textil: "En 1912 cerró La Carolina, donde yo trabajaba. Cerraban cuando querían, porque faltaba algodón o porque sobraba. Yo me fui a la fábrica El Mayorazgo en Puebla, esa era más grande y ahí sí me recibieron".⁸ De 1910 a 1920 el personal ocupado en las manufacturas descendió en 76.2 % y 50.5% en la metalurgia. En la industria textil de 145 fábricas en 1910 se reducirían a 90 en 1914.⁹

En 1910 los trabajadores antes que como obreros se definían a sí mismos como artesanos: carpinteros, herreros, mecánicos, cupreros, etc. Defendían sus derechos en organizaciones mutualistas y de ayuda mutua. Se reconocían en el trabajo agrícola: peones, medieros, pequeños propietarios. También en la ganadería, los servicios y el pequeño comercio. Defendían viejas tradiciones y costumbres campesanas. No tenían trabajo ni salario fijo. Deambular de fábrica en fábrica y de mina en mina era cosa de todos los días. Así los encontraría la Revolución. En esos años, los que siguieron laborando, tendrían que soportar largas y penosas jornadas de trabajo. Pero serían también los protagonistas principales en la lucha por la capacitación laboral, para conquistar una manera distinta de trabajar. Vivirían en carne propia cambios sustanciales para la organización y el trabajo: de las organizaciones mutualistas al sindicalismo; de la contratación arbitraria e individual al contrato colectivo; de

las largas jornadas de trabajo a las de ocho horas; de la represión como única respuesta patronal al derecho de huelga, la alianza con caudillos, la mediación del estado. En 1917 se habían creado ya las bases políticas, la legislación que reconocía a los obreros como una misma clase, para sorpresa quizás, hasta de ellos mismos: artesanos y campesinos de reciente origen industrial habían madurado demasiado pronto. La Revolución los sacudió.

3

El porfiriato había traído consigo el auge económico y el cambio. Pero fue incapaz de mesurar los desequilibrios y las contradicciones de dicho auge y de incorporar las novedades que se requerían en la política y en la economía para hacer sólido el reciente reordenamiento productivo y la integración de México al desarrollo mundial.

En 1910 los trabajadores estaban lejos de pensar en tomar las armas, aunque algunos de ellos, sobre todo mineros, se hayan incorporado gustosos a los ejércitos revolucionarios. Los trabajadores pensaban más bien en su difícil subsistencia cotidiana. Su vida oscilaba entre el desempleo, las malas condiciones laborales, la lucha por romper el sistema de trabajo que trasladaba al interior de las fábricas una cultura de hacienda rural, la defensa de las viejas tradiciones y costumbres, por un lado y el impulso hacia formas modernas de organización productiva, la legislación laboral y la lucha sindical, por otro.

La ruptura con la cultura terrateniente y fabril

En 1910, el control patronal sobre los trabajadores no era sólo de tipo económico, abarcaba

todos los niveles de la vida: la producción, la familia, las amistades, el ocio, el consumo. Alberto Lara, obrero textil de Orizaba, lo explica así: "Silbaban a las cinco de la mañana, y daban el último a las seis, pero los trabajadores, con el objeto de adelantar un poco más en el trabajo, entrábamos a las cinco corriendo, a echar nuestras máquinas para hacer más metros". Otro trabajador comenta: "Nos solían multar por no limpiar bien las máquinas. También se cobraban las lanzaderas de los telares si se rompían. Estaba prohibido hasta hacerse compadres. Todo se multaba y se prohibía". De nuevo Alberto Lara: "Era costumbre que la empresa pagara en vales, tenías que irlos a cambiar a la tienda de raya, no podías comprar en otro lado aunque se te antojara el pan de la esquina". Y por si fuera poco, insiste el mismo trabajador: "No podías vivir en paz, ni hacer fiestas en tu casa, te acusaban de alborotador y borracho. Cuando dejabas el trabajo tenías que abandonar la vivienda, no podías dejársela a tus hijos aunque te descontaran el alquiler de la raya".¹⁰ Para subsistir había que humillarse, para trabajar también.

Este sistema fabril autoritario, patriarcal y represivo que dejaba fuera de sí las posibilidades de respetar la vida del obrero, fue lo que entró en crisis a finales del porfiriato y en los primeros años de la guerra civil.

Por eso, por mínima que fuera una consigna en las fábricas, cuestionaba un orden general. Y empresarios y gobierno recurrían a la represión: "En 1890, en Pinos Altos Chihuahua, a causa de la negativa de permitir la entrada de unos obreros al baile que se celebraba en la parte alta de la tienda de raya, estalló la violencia. Los mineros se fueron a la huelga exigiendo mejores tratos. Dos días después es declarado el estado de sitio, en la zona se proclama la ley marcial. Son senten-

ciados a muerte diez trabajadores".¹¹ El gobierno de Díaz no sabía dar otra respuesta.

La más elemental de las demandas cuestionaba esa cultura terrateniente, ese cerrado mundo fabril. De ahí que las luchas 'reivindicativas' que caracterizaron los últimos años del porfiriato y los primeros de la revolución, durante el gobierno de Madero, se extendieran con tal rapidez acompañadas de demandas contra el despotismo de los mayordomos, la libertad de vivienda, no a los pagos en vale y las tiendas de raya. Y que fueran, como las de Cananea y Río Blanco, frecuentemente acompañadas de motines, asaltos a las tiendas y otras propiedades del patrón. De ahí el carácter subversivo que frecuentemente adoptaron a pesar de que, por lo general, se mantenían en un nivel de respeto y demanda de conciliación hacia la autoridad suprema. Hasta que la autoridad las calló con las bayonetas. El desenlace sangriento de Cananea y Río Blanco demostraría la incapacidad de Porfirio Díaz para enfrentar nuevas formas de organización laboral y productiva. Las huelgas fueron en ese sentido parte del fracaso de la dictadura.

La ruptura del mundo tradicional en las fábricas continuó durante los años de Madero. En 1911-12, el pequeño espacio de libertad política creó el campo para un gran estallido de huelgas, sobre todo textiles. A las demandas de aumento salarial y reducción de la jornada siempre irán unidos otros motivos, aquéllos que hicieron prender los movimientos. En 1911, en la fábrica Metepec, en Atlixco, los obreros piden que dejen entrar a la fábrica a vendedores de comida. El capataz no acepta y los trabajadores deciden irse a huelga, ésta no termina hasta que interviene el gobernador. En la fábrica La Carolina hay paro laboral porque a los operarios no los dejan faltar el día de San Juan, ni los domingos, día de guardar. En la San Lorenzo, en Orizaba, se les prohíbe

a los obreros una comida colectiva y éstos responden con el abandono del trabajo. Lo mismo hacen los obreros de San Agustín porque no los dejan trabajar con sarapes en la fábrica. Y en 1912, los trabajadores de Río Grande, en vista de que no consiguen el aumento salarial exigido, le mandan una carta a Madero donde le piden que se "les designe una colonia para irse a trabajar al campo y fomentar la agricultura como antes lo hacían".¹²

Ante la cultura terrateniente en la fábrica los obreros respondían con la defensa de sus costumbres también rurales: los días religiosos, la ropa, el trabajo en el campo. Pero para hacerse oír, sin embargo utilizaban el arma urbana por excelencia: la huelga.

Como respuesta, Madero no recurrió a la represión masiva. Crearía el Departamento del Trabajo para la mediación de los conflictos obrero-patronales.

Resistencia cotidiana en la producción

Declaraciones de Francisco I. Madero a los trabajadores después de la represión a los obreros de Río Blanco, en 1911:

"Del gobierno no depende aumentaros los salarios ni disminuir las horas de trabajo, y nosotros que encarnamos vuestras aspiraciones no venimos a ofrecer tal cosa, porque lo que vosotros deseáis es libertad (...) Demostrad al mundo entero que vosotros no queréis pan: queréis únicamente libertad porque la libertad os servirá para conquistar el pan. Los que piden pan, señores, son hombres que no saben luchar por la vida, que no tienen energías suficientes para ganarlo, que están ateniéndose a un mendrugo que les da el gobierno, pero vosotros no sois de esos".¹³

Madero estaba equivocado. Contra sus pronósticos, los trabajadores sí querían pan.

En 1912, en momentos sumamente difíciles para el maderismo, la rebelión orozquista en el norte y la de Zapata en el sur, estalla la huelga general de los textiles. Exigen aumentos salariales, reducción de la jornada, no a las tiendas de raya, a los malos tratos, al pago en vales. Se instala en la ciudad una comisión de obreros integrada por representantes de fábricas de Orizaba, Puebla, Tlaxcala y el D.F. Obligado a reconocer las peticiones obreras, y por intermedio de Ramos Pedrueza, director del Departamento del Trabajo, Madero inaugura la Gran Convención de Industriales, en julio de 1912. Asisten representantes de 130 fábricas textiles que daban trabajo a 60 mil obreros. En ella se acuerda la jornada laboral de diez horas, la abolición de multas, tiendas de raya y tarifas salariales comunes para todas las fábricas. Los trabajadores asistieron a la reunión pero no tuvieron derecho a voto. En el convenio quedaban pendientes las demandas relativas a las condiciones de trabajo; esa lucha se trasladaría a las fábricas y a la resistencia individual. Los obreros querían pan y centraron sus demandas en los aumentos salariales y la jornada laboral. Demandas, por lo demás, extensivas a otros trabajadores. Con el convenio Madero había aprendido un principio fundamental: para controlar al movimiento textil había que institucionalizarlo, legalizarlo, reglamentarlo, en lugar de combatir la organización obrera debía promoverse y controlarse; había que someter las inquietudes de los trabajadores a ritmos y estructuras fijas. Con el convenio, Madero marcaba el final, al menor en el papel, le ponía un hasta-aquí a la cultura terrateniente en las fábricas. Y obligaba a los trabajadores a cambiar la acción directa por la medida, la espera, la mediación burocrática. La huelga general textil se le-

vantó después de la Gran Convención. Sin embargo, la mayoría de los industriales no cumplieron con lo prometido.

Si a la cultura terrateniente los trabajadores habían respondido con la defensa de sus tradiciones y costumbres; ante las exigencias del desarrollo fabril en época de crisis, lo harían con la exigencia del cumplimiento de los acuerdos pactados, pero también con la resistencia cotidiana en la producción: pedían ahora mejor calidad en las materias primas, reducción de ritmos, capacitación laboral, pago a aprendices, salarios mínimos. Sólo que habían aceptado ya la mediación del Departamento del Trabajo. Después de la Convención bajaría el número de huelgas, y el Departamento del Trabajo se llenaría de quejas, nuevas protestas, ahora en el papel.

A finales de 1912 los obreros de la fábrica La Teja, en el D.F., se quejan porque ganaban más a destajo que con las nuevas tarifas salariales. Piden además ya no ser ellos quienes les paguen a los aprendices. Los trabajadores del ramo de urdidores del estado de Puebla protestan por la mala calidad de la materia prima: "Cierto —dicen—, nos ponen como base el aumento de carretes, pero eso no nos mejora en nada, nos perjudica. El hilo, al tener que hacerlo más fino con la misma cantidad de pavilo, se rompe, producimos menos y ganamos menos". Dicen los obreros de Santa Gertrudis: "En esta fábrica se sufre mucho por la tensión constante de vigilar las máquinas a las que les hace falta una pieza que se llama 'pasa-trama', con lo que se evitaría el esfuerzo superior que hacemos los operarios". En San Lorenzo alegan que "El administrador los hace trabajar con el hilo tan restirado que se dificulta la labor y es imposible trabajar en esas condiciones". En la fábrica La Josefina reclaman que "Todos los obreros de nuestra fábrica que trabajan en la preparación de hilado muestran

su desagrado por las tarifas, debido a que nuestros tróciles no dan las 9,000 revoluciones que señala la tarifa y por consiguiente no pueden sacar la cantidad calculada para cada obrero". Replican trabajadores de Orizaba: "Aquí están mal las tarifas y las cardas no funcionan bien. Un señor llamado Manuel Sánchez Martínez, nos pide dinero para que ganen más sueldo los tejedores y en su pulquería nos llama a tomar pulque y quiere que hemos de hacer otra vez huelga para que nos den más dinero y siempre hemos de ir a su pulquería y ya cuando estamos algo ebrios nos gana en los albuces y siempre le debemos dinero". En la fábrica San Ildefonso, los obreros protestan porque "ochenta trabajadores son despedidos por haber faltado al trabajo la tarde del jueves de Corpus", además, "siguen existiendo pago en vales y multas a faltistas", En la San Antonio Abad, en la ciudad de México, el departamento de hilados se va a huelga ante el cambio en la calidad de la hilaza; en la San Luis Apizaco, en Tlaxcala, recurren a lo mismo por la presión de trabajar con máquinas defectuosas; y los obreros de San Antonio Abad, para producir lo que corresponde al salario que se les da, decidieron quitarle una pieza rota al grupo de tróciles.¹⁴

Las tarifas salariales fueron aplicadas arbitrariamente, sin tomar en cuenta las características de las distintas fábricas. En algunos casos implicaron bajas en el salario a destajo, en otros sencillamente no se aplicaron. Y la reducción de la jornada de diez horas, cuando se hizo efectiva, vino acompañada de nuevas formas de explotación y ritmos de trabajo. Eran los riesgos del acuerdo y los obreros textiles se encontraron desarmados ante éstos. Con sus luchas los trabajadores habían logrado dar muerte, por lo menos en el marco legal, a la disciplina tradicional. Pero habían sacrificado también aquella defensa de sus tradiciones y costumbres. Habían conquistado un

convenio, una legislación con peticiones extensivas a los demás trabajadores, a costa de una nueva disciplina laboral y la mediación burocrática en los conflictos; a costa de no participar en la reglamentación cotidiana del trabajo en las fábricas. De eso se jactaba el Departamento del Trabajo. Comenta el inspector de la zona de Puebla en 1912:

En todas las fábricas hubo dificultades; en unas los obreros pedían pago por kilo, en otras por hanks, los tejedores por metro; unos querían que se les pagara más, otros que no hubiera horas extraordinarias. En algunas fábricas no se pagaba la limpieza, en otras se les exigía reponer con horas extras las paradas por falta de fuerza. En algunos establecimientos los obreros habían dejado de asistir al trabajo en días de su pueblo, eso era lo más común a pesar de que eran fiestas no estipuladas en el reglamento. En fin, sería interminable la relación de tanto asunto tratado con obreros y patrones, pero tuve la satisfacción de arreglar todas las demandas justas y razonables de los obreros y logré convencerlos de la conveniencia de trabajar en orden y someter sus dificultades al Departamento del Trabajo, cuando no pudieran arreglarlos directamente con sus patrones.¹⁵

Los inspectores de saco y camisa de seda entraban a las fábricas. Serán sustituidos después por el líder sindical. Por su parte, el obrero de sombrero y sarape tendría que dejar de ir a la fiesta de su pueblo o aceptar el descuento en la raya.

Si los trabajadores textiles se caracterizaron fun-



damentalmente por la lucha contra aquella cultura hacendaria en las fábricas, los hombres del riel fueron los primeros en buscar la regulación colectiva del trabajo y la injerencia de los trabajadores en la misma. Ya en 1906 los talleristas de Chihuahua, la Unión Mexicana de Mecánicos, se había ido a la huelga exigiendo igualdad salarial con los extranjeros, capacitación laboral: que hubiera un aprendiz por cada cuatro mecánicos, que a los aprendices se les pagara y que distribuyeran su tiempo en cinco años en distintas especialidades para una completa enseñanza. Pedían además el reconocimiento oficial de su organización por parte de la compañía. La huelga contó con grandes lazos de solidaridad. Y logró importantes concesiones: aumento salarial; la revisión individual y minuciosa del trabajo de los ferrocarrileros; y un sistema de reglamentación

del trabajo que permitiera a los mecánicos un salario exactamente proporcional al trabajo desempeñado, sin atender a la nacionalidad del operario. El reconocimiento de su organización quedó pendiente. Pero la Unión siguió siendo un organismo de presión entre empresas y autoridades. Para 1908 la Unión contaba con 18 sucursales y 17 secciones distritales por todo el país. Ese mismo año se nacionalizan los ferrocarriles, aunque el personal trenista de más alta categoría seguiría siendo extranjero. Dos años después se produce el estallido revolucionario.¹⁶

Diría Martín Luis Guzmán: "Eran los días en que todo se subordinaba a las necesidades de las campañas. Todo era convoys de guerra o máquinas fugaces seguidas de un coche salón y un cabús, donde viajaban, con la velocidad del rayo, los ejércitos y las ideas animadoras del huracán revo-

lucionario." El ferrocarril, la mayor innovación tecnológica del porfiriato, con sus diecinueve mil kilómetros de vías férreas, había servido para apuntalar la dictadura. También serviría para derribarla. En 1910, sin embargo, los trabajadores ferrocarrileros tampoco estaban pensando en irse a la guerra. Insistían en la huelga y en regular las condiciones laborales.

La revolución tomó por asalto al riel y tomó por sorpresa a los ferrocarrileros que de un día para otro transformaron sus condiciones de trabajo, sus salarios, su vida. La división del trabajo, la jerarquía del personal, el material rodante, el destino de la carga, todo se veía alterado. Anota el señor Guillermo Fernández: "Porque al principio solamente los americanos manejaban los trenes, Limantour decía que no, pero así era. Y cuando se inició la revolución les entró pánico a los extranjeros y abandonaron rápidamente los ferrocarriles; entonces fue cuando a nosotros nos pasaron del taller mecánico a los trenes y tuvimos que aprender a trabajar con el tren militar ya andando".¹⁷

Al iniciarse la revolución, el completo desconocimiento de los reglamentos por parte de los militares ocasionó dificultades enormes para el personal trenista. En aras del avance militar se ordenaban movimientos apartados de las reglas. Un ejemplo, el maquinista José Borrego, al servicio de las fuerzas federales contra Madero, llevaba un tren militar y tenía una orden de encuentro en Hipólito. Permaneció cerca de ahí unos cuarenta minutos en espera del tren en dirección opuesta. El jefe militar, desesperado, le exigió al trabajador que continuara la marcha. El maquinista expuso las razones de la demora. El militar en cuestión sacó una bala de su cartuchera y le dijo: "Aquí no hay más órdenes que ésta". Y lo amenazó con fusilarlo. El maquinista se vio obligado a seguir la ruta. El impacto contra

el otro tren fue la consecuencia. Este tipo de reportes eran comunes bajo las fuerzas federales.¹⁸

Cuando Francisco I. Madero llegó a la ciudad de México, contaba con la simpatía de los ferrocarrileros. "El señor Madero, ese nos ayudó, cuando él entró dio la orden de que por lo menos un 25% de los jefes debían de ser mexicanos. Nos trataba así, de jefes. Y entonces comenzamos a entrar los mexicanos, de lo mejorcito. La revolución ayudó al riel porque los extranjeros que tenían aquí puestos de importancia comenzaron a irse de México asustados por la revolución".¹⁹ Los rieleros apoyaron a Madero, motivados en parte por las malas condiciones de trabajo con los federales, pero también porque querían estar del lado del ganador y sacar provecho de ello.

En 1912, Enrique González, presidente de Unión Mexicana de Mecánicos declaró la adhesión de su organización al régimen de Madero. Y mandó una propuesta de reglamento de las condiciones de trabajo al Departamento del Trabajo. No hubo respuesta y estalló la huelga en su matriz de Chihuahua. A principios de 1913, en momentos sumamente difíciles para el maderismo, lograron negociar: diez horas de trabajo, aumento salarial, y participación de los Comités de Ajustes, integrados por miembros de la Unión, en la regulación de las condiciones laborales: exámenes de admisión, definición de categorías, capacitación a aprendices.²⁰

Un triunfo brillante, pero la realidad de la guerra impediría los acuerdos en la práctica. Los trabajadores rieleros, que con tanta insistencia desde finales de siglo pedían la mexicanización del personal de transporte, aprenderían a trabajar y a ocupar los puestos de los extranjeros en condiciones adversas. Y lejos de un contrato colectivo de trabajo, la resistencia cotidiana, la

creatividad laboral, también aquí tomarían la palabra. Estamos en guerra.

La realidad de la guerra

Con el golpe de Huerta nuevamente la lucha armada ocupó el primer lugar del interés nacional. Algunos grupos obreros se incorporaron a la lucha: mineros con las tropas de Obregón, contingentes ferrocarrileros con Villa, otros más a la leva. La capital y otras importantes ciudades que se encontraban lejos de los campos de batalla sufrieron los efectos de la guerra civil: escasez de alimentos, falta de materias primas, desocupación, inflación, mercado negro. Y de nuevo, los cierres de fábricas, las quiebras, el reajuste de personal. La crisis coincide con la etapa más cruda de la guerra.

Se hicieron reajustes y despidos masivos de ferrocarrileros en Aguascalientes (3,500). Los Ferrocarriles Nacionales (2,000), y en las oficinas de la ciudad de México (112). Peones de vía, maquinistas y garroteros serían los principales trabajadores del riel que engrosaron en la nueva etapa las filas revolucionarias. Los talleristas por su parte recurrieron más bien a fábricas donde pudieran ejercer su oficio, o los nuevos campos petroleros de Tampico que exigían mano de obra calificada.

Guerrilleros en lugar de obreros, generales en lugar de conductores, campesinos armados en vez de pacíficos peones de vía. Ese sería el nuevo personal trenista. Los peones de vía eran en realidad cualquier campesino, con o sin anterior experiencia en el riel. Se encargaban de las reparaciones, del tendido de vías, de destruir aquéllas por donde pasaría el tren enemigo. Su jornada laboral no tenía principio ni fin, no contaban con un salario. Muchas veces las cuadrillas de

peones trabajaban bajo el ataque del enemigo. Recurrieron a la memoria de John Red: "La cuadrilla de reparaciones empezó a trabajar, bajo el resplandor de las antorchas y fogatas. Gritos y martilleos sobre el acero, golpes amortiguados de los durmientes que caían. Alrededor nuestro y delante, danzaban los hombres a lo largo de la vía destruida; cada media hora, más o menos, avanzaba el tren y se detenía otra vez. La reparación no era difícil; los rieles estaban intactos. Los peones de vía, ayudados por todos, hacían con esmero su trabajo. Y encima de todo siempre se oía el monótono e inquietante sonido de la batalla, que se filtraba a través de la oscuridad, más allá".²¹

Los garroteros y maquinistas, por su parte, en la mayoría de los casos contaban con una experiencia anterior en el riel. Fueron los maquinistas quienes jugaron el papel central en la lucha armada. Cada jefe político, cada ejército revolucionario, cada fracción, los utilizaba a diestra y siniestra para su propio beneficio. Y los maquinistas no titubeaban en servir a una y otra fracción. De nuevo el señor Fernández nos explica:

"El señor Carranza y el señor Villa lograron sus objetivos militares gracias a la ayuda que les dimos nosotros. A mí me tocó lo más duro del asunto de la revolución. Había que servir al que se encontrara uno en el camino. Pero en los sueldos, ahí sí no se veía claro. Con el señor Madero nos empezaron a pagar un poquito más. Pero luego mataron a Madero y llegó Huerta y se volvió a la situación anterior. Hasta que entró Carranza. Entonces decían que nos iban a pagar bien, que iba a haber aumentos de salarios, pero nomás decían porque no había dinero. Te pagaban con vales, con comida, con lo que fuera. Luego Carranza se peleó con Villa y siguió la situa-

ción de desconcierto, de incertidumbre para el obrero. Nosotros no sabíamos realmente quién tenía la razón. Carranza por un lado, Villa por el otro. En el norte, en Sonora, seguían a otro hombre. Y en Morelos estaba Zapata. En Yucatán había nuevos alzados. Cada quien tenía doctrinas y maneras distintas. Yo fui maderista, yo fui villista; yo fui de todos los bandos según me encontraran en el camino con mi máquina. O sea que yo fui revolucionario de todas las revoluciones".²²

En la lucha armada el trabajo de los rieleros no contaba, por supuesto, con un horario definido, ni con sueldo. "No pagaban nada, claro, a veces nos regalaban un costal de arroz o unos zapatos. Villa nos daba unos vales con los que te atendían en las tiendas", ni siquiera contaban con una actividad específica. Se trataba ante todo de tener inventiva, sólo así se podía salvar el pellejo: "En 1914 era muy común encontrar bombas, yo siempre iba preparado. En ese año hubo una semana en que en un mismo tramo murieron cinco maquinistas con voladoras. Entonces asediaban la vía los generales Gabay, el general Ramírez, el general Higinio Aguilar. Todos estaban volando trenes a la pasada. Y a mí también me tocó que me volaran, pero a mi máquina le había yo puesto un tanque de agua debajo y eso hacía que resistiera el impulso de la explosión. Sólo brincaba la máquina y volvía a caer en el riel. Eso fue un gran invento mío".²³ La creatividad, la improvisación y los remiendos eran un requisito indispensable. Durante la campaña maderista, por ejemplo, uno de los trenes procedentes de Torreón tuvo que detenerse ante un puente destruido. Y los peones rieleros improvisaron otro "haciendo durmientes con huacales".²⁴

Pero las innovaciones técnicas y la creatividad obrera quedarían pronto en el olvido. No sucedió lo mismo con la destrucción de las vías férreas y el material rodante. En tres años de lucha, de 1911 a 1914, fueron destruidos 300 puentes en el Sudpacífico. "Casi no hay estación que no haya sido destruida, quemada, entre Monterrey y la ciudad de México", se dijo en un informe de prensa. Y un reportero que en 1915 viajó a Piedras Negras, San Luis Potosí y México, señaló: "Habían desaparecido todas las estaciones y almacenes y la mayor parte de las casitas de sección que albergaban a familias pobres. Los alambres estaban caídos y los tanques de agua yacían despedazados".²⁵

Entre 1911 y 1915 se perdieron cerca de 10,000 carros y cientos de locomotoras. Más del 40% del equipo existente en 1911. En septiembre de 1917, en su informe presidencial, Carranza mencionó que los ferrocarriles disponían de 364 locomotoras en todo el servicio, cantidad que representaba el 50% de las existentes en 1913 y el 30% de las que había en 1910.²⁶

Para entonces, los trabajadores ferrocarrileros habían conseguido ya, a su manera, la mexicanización del personal y una capacitación laboral por demás accidentada. Y ahora que ya habían hecho suyos los trenes, tendrían que reconstruir la vieja ruta metálica, inventar de nuevo al país.

5

En 1910 no eran muchos los trabajadores dedicados a la industria. Después de la guerra civil, entre los cierres patronales, las quiebras, las huelgas y la guerra, se volvieron menos. Seguirían siendo una fuerza de trabajo móvil y heterogénea pero ya no eran los mismos. Las organizaciones obreras se habían multiplicado en

sociedades de resistencia, sindicatos de oficios varios, ligas regionales, federaciones de ramos. Contaban ya con una rica memoria y experiencia en batallas fabriles, militares y políticas. Los trabajadores se reconocían a sí mismos como obreros con demandas propias: jornada laboral de ocho horas, aumento salarial, derecho a huelga y respeto a la organización. Llegaban nuevos, distintos, al año de 1915, pero también cansados. En ese año todas las fábricas del D.F., habían sido cerradas. Los ferrocarriles eran utilizados sólo con fines militares; dejaron de introducir granos y mercaderías a la ciudad.

Los obreros, en general los textiles, aquellos viejos luchadores contra la aristocracia fabril y los ferrocarrileros, los pioneros de la contratación colectiva, centraban sus demandas en las más inmediatas y reivindicativas.

En 1915 los obreros demandaban aumentos salariales pero fuera de los timbiriques carrancistas sin valor real, no había dinero con que pagarles. Piden entonces pago en oro. La situación es alarmante. Ese es el año en que los obreros organizados representados por la Casa del Obrero Mundial, se alían con el carrancismo. Quedaba pendiente la lucha en las fábricas.

En las fábricas, las posiciones y demandas de los trabajadores que apenas registraría como legales la nueva constitución, chocaban a diario, como antaño, con la cultura porfiriana: los malos tratos y la contratación individual. Y chocaban además con los frutos de la guerra: la devastación de la maquinaria y el equipo. Pero por lo pronto los trabajadores pedían pan; la demanda de aumento salarial es lo que los une. Estaban en 1915, el año del hambre y la carestía, el año que registra la memoria del abuelo: "Carranza era un señor muy bien educado, cada revolucionario emitía sus billetes, cerraban las fábricas y cada quien ja-

laba para donde podía, había mucha hambre en la capital y tuvimos que huir."

1 Ver Daniel Cosío Villegas, "Historia Moderna de México", en *La vida social*, introducción, México, Editorial Hermes, 1976.

2 Ver Mariano Azuela, *Páginas Autobiográficas*, México, FCE, 1958.

3 Jorge Basurto, *El proletariado industrial en México (1850-1930)*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1975.

4 Leonardo Pasquel, *La revolución en el Estado de Veracruz*, México, BINEHRM, 1971, pp. 125-29.

5 Testimonios: Trabajador minero, entrevista con Dionisio Encinas, en *Historia Obrera* 19, CEHSMO. México 1980. Obreros textiles, Archivo SRA. Tizapán, Ejidos-dotaciones (local) 23:946 (725.1), a 22 de junio de 1923. Trabajador ferrocarrilero, "Sr. Guillermo Fernández, entrevista realizada (existencia sólo mecanografiada) por Salvador Rueda", DEH, INAH.

6 Juan Luis Sariego Rodríguez, *Arqueología Industrial*, México, Museo de las Culturas Populares, 1984.

7 Bernardo García Díaz, *Un pueblo fabril del porfiriato: Santa Rosa, Fabril*, México, Sep-80, FCE, 1981.

8 Testimonios: Dionisio Encinas, *Historia Obrera* 19, CEHSMO, 1980. "Entrevista mecanografiada con el Sr. Luis Alvarado por Emma Yanes", DEH, INAH.

9 Barry Carr, *El movimiento obrero y la política en México 1910-29*, México, FCE, 1978.

10 Testimonios: Alberto Lara, *Historia Obrera* 6, CEHSMO, 1975.

11 Jorge Basurto, *El proletariado industrial en México, (1850-1930)*, capítulo 3, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1975.

12 Archivo General de la Nación, Departamento del trabajo, caja 16 y 21, exps. 1911 y 1912.

13 Leonardo Pasquel, *La revolución en el estado de Veracruz*, México, BINEHRM, 1971, p. 129.

14 AGN, DT, Caja 51 exps. 1913.

15 AGN, DT, Caja 52 exps. 1913.

16 Esther A. Shabot, "La Unión de Mecánicos Mexicanos y la huelga de 1906", Memoria del 2o. Coloquio Regional de Historia Obrera, Mérida, Yucatán, septiembre, 1979.

17 Entrevista realizada por Salvador Rueda, DEH, INAH.

18 Sergio Ortiz Hernán, *Historia social de los ferrocarriles en México*, México, Secretaría de Comunicación y Transportes, 1976.

19 Salvador Rueda, *op. cit.*

20 José Woldenberg, "La huelga de la Unión de Mecánicos Mexicanos 1912-13". Memoria del 2o. Coloquio Regional de Historia Obrera, Mérida, Yucatán, septiembre, 1979.

21 John Reed, *México Insurgente*, México, Sepancuantos, 1980.

22 Salvador Rueda, *op. cit.*

23 *Ibid.*

24 Sergio Ortiz Hernán, *op. cit.*

25 *Ibid.*

26 *Ibid.*